

CORNELIA, LA MADRE DE LOS GRACOS. (1919d).



Sandor Ferenczi.

Cornelia fue durante muchos años la esposa de Tiberio Sempronio, al que dio doce hijos. Sólo sobrevivieron dos varones, Tiberio y Cayo, y una hija Sempronia (que se casó más tarde con Scipión el Africano el joven). Tras la muerte de su marido, rechazó la mano de Ptolomeo, rey de Egipto, para consagrarse exclusivamente a sus hijos. *Un día en que se le hablaba de sus joyas, señaló a sus hijos y dijo: esos sin mis tesoros, mis joyas.* Soportó el trágico fin de sus dos hijos con firmeza y en un absoluto retiro. Cornelia era una de las más nobles matronas de Roma, igualmente respetada por su gran cultura; era particularmente admirado el hermoso estilo de sus cartas. El pueblo romano ha perpetuado la memoria de “la madre de los Gracos” mediante una estatua de bronce.¹

He aquí lo que nos dice Plutarco sobre esta noble dama romana; sin embargo, todas nuestras informaciones sobre su persona son de segunda mano y los expertos estiman que ni siquiera los dos fragmentos de cartas conservados entre los escritos de Cornelio Nepote son auténticos.

Ciertamente resulta temerario por mi parte osar, tras más de dos mil años, proponer nuevas sugerencias sobre la comprensión del carácter de Cornelia. Sin embargo, la publicación en esta revista deja entrever que mis conocimientos no provienen de recientes investigaciones sino de la experiencia y la reflexión psicoanalítica.² Pues existen hoy día mujeres que pertenecen a la clase de la noble Cornelia, las cuales, aunque modestas, reservadas, y a menudo algo frías por lo que se refiere a ellas mismas, se envanecen de sus hijos del mismo modo que otras lo hacen de sus joyas; ocurre a veces que en una mujer de este tipo se desarrolla una psiconeurosis, ofreciendo al psiquiatra una ocasión de analizar este rasgo de carácter al mismo tiempo que los demás. Así puede realizarse una ligera estimación de las particularidades psicológicas de su modelo, Cornelia, y explicar en cierta medida el interés universal suscitado por la anécdota a ella referida.

Tengo a mi disposición dos casos clínicos de esta especie, que es el mínimo necesario para permitir una generalización. En efecto, he practicado el análisis completo de dos de estas mujeres y he podido establecer la existencia de una notable conformidad entre su destino exterior e interior.

Una de ellas, una mujer casada desde hace muchos años, ha comenzado cada sesión de análisis con un panegírico del mayor y del menor de sus hijos o bien con lamentaciones respecto al comportamiento de los intermedios “cuyas conducta deja mucho que desear”. Pero las dotes intelectuales de estos últimos le proporcionaban la ocasión para numerosos relatos afectuosos. Su apariencia y su comportamiento eran probablemente semejantes a los de Cornelia. Se mostraba inabordable, evitaba la mirada de los hombres cuando osaban contemplar su belleza con deseo, y en tales ocasiones mostraba no sólo reserva sino una verdadera repulsa. Sólo vivía para sus deberes de esposa y madre. Desgraciadamente, esta armonía fue perturbada por una neurosis histérica que se manifestó con síntomas físicos penosos y perturbaciones eventuales del humor por una parte, y por otra, según descubrió el análisis rápidamente, por una total incapacidad de conseguir el goce genital. Durante el análisis, su comportamiento para con su hijo más pequeño adquirió un tono particular. Advirtió con espanto que cuando acariciaba a este niño sentía impulsos

1.- Según el artículo “Cornelia” de la enciclopedia húngara “Pallas”.

2.- He escrito este artículo en lengua alemana para la revista Imago.

eróticos, sensaciones sexuales caracterizadas, que, sin embargo, faltaban en sus relaciones conyugales.

Luego surgieron, en forma de transferencia sobre el médico, rasgos de carácter que le sorprendieron; tras su actitud un tanto puritana y distante, apareció poco a poco un deseo femenino de agrandar fuertemente marcado, que podríamos considerar normal, el cual le impulsaba a utilizar todos los medios para atraer la atención sobre sus encantos. A continuación sus sueños permitieron adivinar sin esfuerzo, con ayuda de un simbolismo bien conocido, que *el niño representaba para ella los órganos genitales*. No fue precisa demasiada perspicacia para dar un paso más y adivinar que su tendencia a *envanecerse antes las demás de las perfecciones de sus niños era un sustituto del deseo normal de exhibición*. También se descubrió que este impulso parcial era muy intenso en ella, tanto por constitución como a consecuencia de ciertas experiencias, y que su rechazo desempeñaba un importante papel en la formación de su neurosis. Este impulso sufrió un recrudecimiento del rechazo particularmente fuerte con ocasión de una intervención quirúrgica practicada cuando todavía era muy joven. A consecuencia de ellas se había sentido desvalorizada en relación a las demás muchachas y había dirigido todo su interés al ámbito intelectual, escribiendo –como Cornelia- hermosas cartas e incluso pequeños poemas; además había comenzado a adquirir el carácter puritano del que ya tanto hemos hablado.

Su relación con las *joyas* es la que nos ha dado la clave de la comparación de que se había servido la matrona Cornelia. Era muy modesta en su tocado y sus joyas. Pero siempre que deseaba acordarse de una experiencia genital penosa de su infancia, comenzaba a perder algún objeto de valor que le pertenecía, de manera que poco a poco se quedaba sin joyas.

A medida que se despertaba en ella la actitud para el placer sexual y que tomaba conciencia de su deseo de exhibición, su excesivo envanecimiento respecto a las cualidades excepcionales de sus hijos disminuían; a consecuencia de esto, su relación con sus hijos se hizo más natural y más íntima. Ya no tenía vergüenza en manifestar su gusto por poseer todo tipo de encantos femeninos y disminuía considerablemente la estima exagerada en que había tenido la parte espiritual del hombre.

La sensación erótica experimentada en el contacto con su hijo más joven, que tanto había sorprendido a la paciente al principio, halló su explicación en las capas más profunda de su personalidad y en los recuerdos del primer período de su desarrollo. Esta sensación no hacía más que reproducir las que había ampliamente admitido antes de que interviniera el brutal rechazo del autoerotismo infantil; este placer se había transformado poco a poco en angustia y, cuando irrumpía en su conciencia de forma imprevista, debía sentirlo como algo sorprendente.

Tras estas constataciones, ¿quién podrá tomar en serio las habladurías sobre la irrealidad, la naturaleza “como si” de los símbolos? Para esta mujer, los niños y las joyas eran indiscutiblemente símbolos que, tanto en lo real como en la realidad psíquica, superaban a cualquier otro contenido psíquico.

La otra paciente de la que quiero hablar manifestaba su relación con las joyas y con los niños de una manera todavía más evidente. Había elegido la profesión de pulidora de diamantes, y me traía a menudo a su niño para mostrármelo, y -en contradicción total- con su cuidadoso tocado -como una gobernanta, decía ella- tenía los sueños típicos de desnudez.

Tras estas observaciones, me siento con derecho a considerar el caso de la famosa Cornelia -a pesar de su carácter antiguo- exactamente de la misma forma que el de la mujer actual, y a suponer que sus hermosas cualidades eran los productos sublimados de la misma tendencia exhibicionista perversa que la hallada en nuestras pacientes, disimulada tras cualidades parecidas.

En esta serie: órganos genitales, niño, joyas, el último término es ciertamente el símbolo menos directo, el más atenuado. Cornelia tenía, pues, razón en atraer la atención de sus conciudadanos sobre el hecho de que su adoración de los símbolos era antinatural, y de referirse, con su propio ejemplo, a objetos de amor más naturales. En cuanto a nosotros, podemos permitirnos imaginar a una Cornelia aún más antigua, prehistórica, que hubiera ido más lejos aún y, apercibiéndose de que sus compañeras llevaban hasta el exceso el culto del símbolo “niño”, habría señalado sus órganos genitales diciendo: “*Estos son mis tesoros, mis joyas, la fuente primitiva del culto que tributáis a vuestros hijos.*”.

Por lo demás, no es necesario recurrir a la prehistoria para buscar tales ejemplos. Toda mujer neurótica o exhibicionista puede hacernos la demostración *ad oculus* de cómo este simbolismo ha vuelto a su significación verdadera.

En mi artículo sobre “El análisis de las comparaciones”,³ he afirmado que el texto literal de las comparaciones que se nos ocurren espontáneamente encierra a menudo un saber profundo que proviene del inconsciente. La comparación de Cornelia podría figurar entre los ejemplos que se enumeran allí.

(Sandor Ferenczi. Obras Completas, Psicoanálisis Tomo II, Ed. Espasa-Calpe, S.A. Madrid, 1984).

Volver a Selecciones Ferenczianas

PÁGINAS DEL PORTAL ALSF-CHILE

<http://www.alsf-chile.org> - <http://www.biopsique.cl> - <http://www.indepsi.cl>

Contacto: alsfchile@alsf-chile.org.

3.- “Análisis de las comparaciones” en este mismo volumen.